

TRES EDICIONES DIARIAS
Edición para la región... 6 de la mañana
Edición de Valencia... 7
Edición nacional... 13

Anuncios y comunicados
A PRECIOS CONVENCIONALES

No se devuelven los originales aunque no se inserten.
NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

A los industriales
(Verse la cuarta plana)

E. Brotons Bonet
Dentista
Dientes artificiales... Operaciones sin dolor.
Purifine
Infinidad de médicos que lo han ensayado...

LA AUTORIDAD

La diferencia esencial entre la autoridad en un país culto y la autoridad en un país bárbaro, es que allí se hace respetar y en éste se hace temer.
En Inglaterra, la nación cuyas costumbres públicas muestran mayor grado de perfección...

El Pueblo
Diario republicano de Valencia

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Valencia, el mes... pesetas 1/25
Fuera, el trimestre... 4/50
Extranjero (Unión Postal), el trimestre... 8/50
OFICINAS É IMPRENTA
Don Juan de Austria, 14
Teléfono 741
NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

El buhonero

CUENTO
¡Cuántos pequeños recuerdos, cuántos asuntos insignificantes y cuantos dramas reales ó supuestos acuden de vez en cuando a nuestra memoria y reverdeen en nuestra alma virgen el realismo de la amarga verdad!
Cuando vuelvo la vista atrás y dejo vagar en sueños mi pensamiento, se me aparecen hecho a espaldas, alegres unos y tristes otros que huyen ante mi imaginación como los pájaros del bosque ante mi paso.

tranquila el hecho de verse brutalmente atropellado por la misma autoridad que debiera garantizar nuestro derecho; embrocador, porque habituados a los ciudadanos a la mansedumbre, concluyendo en la mayoría de los casos con los gémidos de toda sana y fecunda protesta.
No hay que hacerse ilusiones. Esa especie vulgar de que los desmanes gubernativos facilitan el acceso a la revolución, es una de tantas paradojas que convienen a nuestra eobardía.
Cierta que el atropello de la fuerza pública, la arbitrariedad del gobernante, el atentado a la ley por quien está llamado a guardarla, justifican la violencia del pueblo y hasta en ocasiones la provocan. Pero individualmente, la acción continuada del despotismo mata todo estímulo de energía, acobarda, desalienta, desmoraliza, termina por habituar al látigo ó a la hipocresía, última corrupción del carácter por la total ausencia del valor y la dignidad personal. Y a la larga la colectividad experimenta la misma transformación que el individuo.
Ejemplo propio, próximo é indudable de esta corrupción, es la filosofía con que aceptamos las vergüenzas de 1898. Habitados a la dictadura que impusieron los gobiernos durante las guerras coloniales é internacionales, cuando llegó el desastre la mansedumbre había anulado a la dignidad de nuestra legendaria idiosincrasia. No recuerdo de nadie que se indignara de los de su camilla. Apenas si disuntimos no sobre venganza, menos sobre el castigo de los cócoelidos culpables, sino sobre aquellos pujos de regeneración más voeingleros que cardiales.
Quisiera equivocarme en mi atipático pesimismo al temer que ahora se repita la acción enervadora del poder público, que en España no parece responder sino á fines de corrupción y agotamiento. Quisiera equivocarme en bien de mí mismo, de mi patria y hasta en beneficio de los menguados déspotas que perverten el carácter de la raza, porque yo no sé qué satisfacción puede producir el gobernar una nación de imbéciles ó de castrados.
A. AGUILERA Y ARJONA.
Madrid Febrero 1904.
Aun cuando somos poco aficionados á publicar versos, y mucho menos en época como ésta, de lucha y de apóstrofos duros y vibrantes como el acero, son de tal naturaleza los que, parodiando al célebre "Canto del Cosaco", publica nuestro valiente colega El Monje, que no podemos resistir el deseo de reproducirlos.
Ellos pintan de mano maestra el regocijo de la clérigalla, que se conceptúa dueña de España como de pais conquistado por las hordas negras:
El canto del carca
(Parodia)
CORO
¡Hurra! monagos valerosos, ¡hurra!
¡La España os brinda espléndido festín!
Conventos grandes sus ciudades sean,
de los carcas sus céntimos botín.

Comprendi desde luego que tenia miedo y que su razonamiento no carecia de lógica, y accedi de buen grado a su petición, atemperando mi paso al suyo. Heme aquí, pues, de camino a la una de la madrugada con mi desconocido por la carretera de Argenteuil á Asnières.
—¿Y cómo regresa usted tan tarde á su casa —le pregunté— exponiéndose á correr cualquier riesgo?
El desconocido, entonces me contó su historia.
No pensaba emprender el regreso aquella noche; tanto, que por la mañana, al salir de casa, cargó géneros para tres ó cuatro días; pero la venta habia sido muy buena, hasta el punto de haberse visto precisado á anticipar la vuelta á casa en busca de varios objetos que le habían encargado los parroquianos.
Añadió, con muestras de verdadera satisfacción, que él hacia muy bien el artículo y era una especialidad para presentar los géneros en comiendo las excelencias de la fabricación; que los bibelots que llevaba á la venta, eran de fácil salida, y, finalmente, que tenia facilidad de palabra y sobra de ingenio para eludir el compromiso de cargar con cualquier género de difícil adquisición, si se lo pedía algún comprador.
—Además—añadió—soy dueño de una tienda en Asnières y mi mujer está al frente del negocio.
—¿Ahí? ¿Es usted casado?—exclamé.
—Sí, señor; hace quince meses que contrahe matrimonio, y por cierto con una mujer de mucho garbo. Seguramente la sorprenderá mi repentino regreso; como no me esperará esta noche...
A continuación me refirió algunos detalles del easamiento.
Dos años duraron las relaciones, porque ella tardó todo este tiempo en decidirse á cambiar de estado. La conoció en una tiendecita que ella tenia, situada en la esquina de una calle de segundo orden.
Vendiose allí de todo; cintas, flores durante el verano, y especialmente, hebillas muy caprichosas para botinas, amen de otros muchos objetos de cuya venta tenia la exclusiva por especial favor que la dispensaba un comerciante mayorista.
En Asnières, era muy popular. Se la denominaba la Azulita por la predilección que mostraba siempre por el azul de sus vestidos.
Ahora, el establecimiento gozaba vida próspera, y se ganaba mucho dinero; bien es verdad que su esposa era muy competente para el negocio y salia adelante en cuanto se proponia.
Sin embargo, no era completa su felicidad. Preocupábale una idea fija; la de que su cara mitad parecía no gozar de mucha salud, cosa que él achacaba á un posible embarazo, aunque no podía aun afirmarlo.
Terminó el desconocido sus intimidades, asegurando que sus correrías tenían como principal objeto dar á conocer las muestras de sus géneros á los pequeños comerciantes de los pueblos circunvecinos; en una palabra, conceptuábase como un comisionista que viajaba por cuenta propia y la de otros industriales como él, con lo cual obtenia beneficios por dos conceptos y hacia al propio tiempo el artículo á aquéllos.
—¿Y usted en qué se ocupa?—me preguntó á su vez.
En el primer momento me quedé perplejo, sin saber qué contestar, pero luego le dije que poseía un buque de vela y un par de botes á remo, de los que me servia para tomar parte en las regatas de Argenteuil. Añadi que todas las tardes iba á ejercitarme en el manejo de los remos, y como me gustaba mucho pasear, solia regresar á París algunas veces á pie. Como complemento á mi historia, dije que ejercía en esta capital una profesión que le hizo superer esta lucrativa.
—¡Dios de Dios! ¡Si yo tuviera una posición como la de usted—exclamó mi acompañante,—á buena hora me pasaría las noches recorriendo estos caminos, que tan pocas seguridades ofrecen!
Mirábame de soslayo mientras hablaba, y este detalle me hacia sospechar si estaria yo departiendo con algún malvado que, pasando-se de listo, no quería correr un riesgo inútilmente.
Fué atrasándose poco á poco, hasta decirme:
—Un poco más despacio, si á usted le parece. Pesa mucho este fardo.
Dibujábase ya las primeras casas de Asnières, y exclamó el buhonero:
—Ya estamos cerca. Nosotros no dormimos en el establecimiento, en el que solo se queda de noche un perro que vale por cuatro hombres. Además, los alquileres resultan excesivamente caros en las calles éntricas.
Después de un momento de silencio, prosiguió diciendo:—Cuando llegemos á mi casa pienso obsequiarle. Supongo que aceptará usted. Le debo un señalado favor, el de haberme acompañado. No puede usted figurarse lo tranquilo que voy de noche por estos caminos con mi fardo á cuestas; y como deseo corresponder de algún modo á su atención, va usted á hacerme el favor de venir conmigo y beberemos juntos un vaso de vino caliente. Mi mujer nos acompañará también; es decir, si se despierta, porque tiene el sueño pesado y le gusta poco que la llame cuando está durmiendo.
Después—añadió—tomo mi vergajo y le acompaño hasta el arrabal. Sin el fardo no temo nada.
Rehusé la invitación, insistió, y de nada sirvieron mis excusas; repitió su ofrecimiento lamentándose de que no lo aceptase, y lo hizo con tan sincera expresión de disgusto, con aire tan compungido, suponiéndome no le creía digno de alternar conmigo, que me tuve más remedio que aceptar, y le seguí en dirección á unos casuchones medio derruidos. Al llegar á su domicilio estuve tentado de volver atrás; aquel caserón tenia todo el aspecto exterior de un refugio de vagabundos ó de una cueva de bandidos.
El buhonero empujó la puerta, que solo estaba entornada, y me hizo pasar delante. Luego me guió hacia la escala, pues estábamos completamente á oscuras y tuve que adivinar los peldaños valiéndome de pies y manos, no sin sentir un vago temor de caer por alguna trampa en un sótano.

—Mi compañero me empujó suavemente, mientras decía:—Suba usted, suba usted; es en el sexto piso.
Registré mis bolsillos, encontrando afortunadamente en ellos una caja de cerillas grandes, con las que nos alumbramos.
El buhonero me seguía cargado con su fardo, dando respalditos y repitiendo de vez en cuando:—Está alto; muy alto.
Cuando llegamos arriba, sacó una llave que llevaba colgada al cuello, de un hilo, y abrió la puerta haciéndome entrar. Era una habitación cuyas paredes estaban blanqueadas con cal, consistiendo todo el mobiliario en una mesa colocada en el centro, media docena de sillas y un armario arrimado á la pared.
—Voy á despertar á mi mujer—dijo;—y después bajaré á la cueva en busca del vino. Lo guardo allí porque se conserva mejor.
Y esto dicho, se acercó á una puerta llamando á su mujer.
—¡Azulita! ¡Azulita!—decía golpeando la puerta; pero Angelita no contestaba y él seguía gritando:—¡Azulita! ¡Azulitaaaa!...
Nada; silencio completo. Volvió á dargolpes á la puerta y acercando la boca á la cerradura gritó con todas sus fuerzas:—¿Te despertarás de una vez, Dios de Dios?
Pegó el oído á la puerta, esperó un momento, y en vista de que continuaba reinando silencio, se volvió hacia mí diciéndome con mucha calma:
—¡Bah! Cuando duermes hay que dejarla dormir. Voy á buscar el vino: espéreme usted dos minutos.
Salí nuestro hombre y esperé resignado su regreso, preguntándole al mismo tiempo qué es lo que habia y yo á hacer allí.
De pronto me eché á temblar. En el cuarto donde estaba acostada la mujer del buhonero se oía un leve ruido; parecia que hablaban muy quedo como quien teme ser oído.
—¡Diablo!—me dije.—¿No habrá caído en una encerrona? ¿Cómo es que hasta entonces no se habia despertado la tal Azulita, á pesar del estruendo que acababa de armar su marido? ¿No sería esto una señal convenida con sus cómplices para hacer entender á éstos que ya estaba el ratón en la ratonera y que él, el buhonero, iba á guardar la salida, mientras los otros...?
Si, no cabía ya duda: el ruido iba en aumento, tocaban la cerradura é introducían en ella una llave. Sentí palpar el corazón con fuerza extraordinaria y me levanté de un salto, refugiándome en un ángulo de la habitación, dispuesto á defender cara mi vida. Cogí con ambas manos una silla y me preparé á sostener una lucha titánica con mis enemigos. Poco á poco entreabríase la puerta, después asomé una mano, luego una cabeza de hombre cubierta con un sombrero hongo. Me miró fijamente el desconocido y con una rapidez que no me dió tiempo para intentar siquiera defenderme, el individuo en cuestión, el malhechor, un mocetón fornido que iba á medio vestir, descalzo, sin corbata y con las botas en la mano, ganó la salida de un salto y desapareció por la escalera.
La aventura resultaba entretenida.
Repetido completamente del susto, volví á ocupar mi silla y esperé al marido, que tardó aún un buen rato.
Por fin, oí sus pasos y no pude contener la risa. Si, me rei sin poder contenerme, porque la cosa no era para menos. El bueno del buhonero, que traía dos botellas de vino, me dijo al entrar, refiriéndose á su mujer:
—¿Continúa, por lo visto, durmiendo, eh? ¿No la ha oído usted moverse?
—¿Si la he oído moverse?... Me la figuré en pantalones, con el oído pegado á la cerradura, y contesté negativamente, volviendo él á llamarla.
—¡Paulinaaaa!—gritó por dos ó tres veces;—pero ni contestó Paulina ni se oyó el más leve ruido. Entonces se volvió hacia mí, diciendo:—¡Verástes! Es que no le gusta que por la noche venga á casa con ningún amigo.
—Según eso—repliqué—¿ cree usted que no duermes?
—Seguro. ¿Qué ha de dormir, hombre, qué ha de dormir?; y añadió:—Que haga lo que quiera. Ea, echemos un trago.
Conoci su propósito de que vaciáramos las dos botellas, pero afortunadamente esta vez no accedí á sus pretensiones; bebí un vaso y me levanté.
Ya no volvió á repetirme que me acompañara; y mirando con gesto duro, con cara de malhumor, con aire de bruto que domina momentáneamente sus impulsos violentos, la puerta del cuarto de su mujer, refunfuñó:—En cuanto usted se vaya tendrá que abrir de grado ó por fuerza.
Contemplé en silencio á aquel desdichado, á aquel cobarde que se iba poniendo furioso á medida que tomaba cuerpo un presentimiento, una sospecha que habia concebido tal vez por la obstinación de su cónyuge en tener la puerta cerrada, y no pude menos de acordarme de las primeras palabras que cruzamos al encontrarnos en el camino. Hacía un rato me hablabá de ella con ternura, con verdadera adoración; ahora, ahora solo esperaba que le dejara ir para pegarla.
Aún volvió á llamarla en mi presencia. Pero con rabia.
—¡Paulina! ¡Paulinaaaa!...
Esta vez fué más afortunado, pues oyóse una voz sonolienta, que decía desde el dormitorio:
—¿Eh? ¿Qué?
—¿No me has oído entrar?
—No; estaba durmiendo.
—Abre la puerta.
—Cuando estás sólo. Ya sabes que no me gusta que me traigas por las noches hombres á casa.
No esperé más. Sin despedirme siquiera, abandoné la habitación dando tumbos como el otro, el desconocido del cual fui cómplice inconsciente.
Y mientras me ponía en camino de París, iba recordando los detalles de la anterior escena, ese eterno drama que se representa todos los días, bajo todas las formas y en todas partes del mundo.
GUY DE MAUPASSANT.
(Traducción de V. Algarra.)





ELIXIR ESTOMACAL

DE SAIZ DE CARLOS

Lo necesitan los médicos de todas las naciones...

Intestinos aunque sus dolencias sean de más de 30 años...

acción digestiva, el estómago como más digerente...

mea. Es de éxito seguro en las diarreas de los niños...

NUTRITIVO TORRENS

Encontrase en este preparado, convenientemente amalgamados, dosificados concentrados al máximo...

PARA LA VENTA Farmacia del Doctor Torrens, plaza del Mercado, 73 (junto a la droguería de La Luna)

Fernando Burguete Llorens. El Tesoro del Labrador. Incluye imágenes de productos agrícolas.

Operarias. Se necesitan para la confección de tejidos...

Aito. No confundir. Se compra oro, plata, platino y papelerías...

MENS SANA INCORPORA SANO. AGALOOKINA. AGALICOKINA. Incluye imágenes de personas.

Los adelantos de la ciencia. Incluye imágenes de un laboratorio y personas.

NESTLE Leche condensada. Incluye imágenes de botellas de leche.

Se venden. Botellas vacías, tamaño de 70 litros...

Ordinario. Se vende en la plaza del Mercado...

Confites antiveneros. Roob Antisifilitico. Incluye imágenes de confites.

PARTOS. Gabinete especial para casos prácticos de la prolección.

Descubrimiento. Importantisimo. Incluye imágenes de un laboratorio.

Coación. Se vende en la plaza del Mercado...

Profesor. De idiomas, francés, inglés, alemán...

Dr. A. Salvati Costanzi. Estreñimientos uretrales. Incluye imágenes de un hombre.

Pavimentos de asfalto. Estos pavimentos son los de mayor duración...

Compañía colonial. Los mejores cafés, chocolates superiores, Thés, Tapioca...

Braguero Torosa é Hijos. Incluye imágenes de un hombre en traje.

Dr. A. Salvati Costanzi. Males venéreos. Incluye imágenes de un hombre.

CAPSULAS DE QUININA DE PELLETIER. Incluye imágenes de una caja de medicina.

CINEMATOGRAFO. Se vende o alquila uno muy completo...

CASA DE HUESPÉDES El Comercio. Incluye imágenes de un edificio.

Dr. A. Salvati Costanzi. Sifilis. Incluye imágenes de un hombre.

VINO DE PEPTONA de CHAPOTEAUT. Incluye imágenes de una botella.

A los industriales. Desperdicio ó residuos de madera aserrada...

Se curan las hernias. Con mis aparatos y 38 años de práctica...

Nuevas máquinas tricotasas. Para medias, calcetines y todos los artículos...

La pureza de la PEPTONA CHAPOTEAUT. Incluye imágenes de una botella.